

ARTÍCULO



Lectura Académica: Un Enfoque Crítico para la Gestión del Conocimiento en la Educación Superior.



La lectura académica, frecuentemente subestimada o mal enseñada, cumple un papel decisivo en el modo en que el conocimiento se gestiona, se comprende y se proyecta.

En el escenario actual de la Educación Superior, donde las universidades enfrentan desafíos globales vinculados al acceso, la equidad, la calidad y la innovación, la gestión del conocimiento se posiciona como una dimensión estratégica ineludible. No basta con generar información ni con reproducir contenidos de manera mecánica. El valor del conocimiento radica en su apropiación crítica, en su circulación efectiva y, sobre todo, en su transformación creativa dentro de las comunidades académicas. Sin embargo, este proceso no ocurre espontáneamente. La lectura académica, frecuentemente subestimada o mal enseñada, cumple un papel decisivo en el modo en que el conocimiento se gestiona, se comprende y se proyecta.

De hecho, la gestión del conocimiento ha sido definida de varias formas. En términos generales, se utiliza un conjunto sistemático de procesos para identificar, capturar, organizar, almacenar, compartir y aplicar el conocimiento disponible, ya sea científico, tácito o explícito, para mejorar el desempeño institucional y lograr los objetivos estratégicos. A nivel universitario, esto conduce a la producción científica, el diseño curricular, la innovación docente, el desarrollo profesional y las redes colaborativas de académicos. Pero esa es solo una cara de la moneda, y una que las políticas institucionales a menudo pasan por alto: la producción de individuos que puedan capacitarse en un compromiso crítico con

Numerosos estudios señalan los desafíos que enfrentan los estudiantes universitarios para comprender textos especializados, hacer inferencias, analizar la estructura argumentativa o integrar información de manera efectiva.

el conocimiento a medida que se produce. Aquí es donde la lectura académica desempeña un papel importante. No se puede llevar a cabo una discusión sobre una gestión efectiva del conocimiento si la comunidad universitaria no posee las competencias necesarias para leer profundamente, reflexionar de manera independiente y articular una argumentación racional desde una base conceptual sólida.

Es mucho más que una herramienta para aprobar exámenes o escribir trabajos. Es, en esencia, una actuación de apropiación simbólica y epistemológica. Leer un artículo científico, un texto teórico o un informe técnico significa trabajar a través de múltiples capas de información, identificar los objetivos, comprender las posiciones ideológicas en juego, conectar conceptos y, sobre todo, formular nuevas preguntas. Esta es la verdadera dimensión crítica de la lectura, y representa el movimiento inicial hacia una cultura viva, dinámica y transformadora del conocimiento.

A pesar de su relevancia, la lectura académica es una de las competencias más frágiles en la Educación Superior. Numerosos estudios señalan los desafíos que enfrentan los estudiantes universitarios para comprender textos especializados, hacer inferencias, analizar la estructura argumentativa o integrar información de manera efectiva. Las implicaciones de esta realidad van más allá del aprendizaje; comprometen el impacto de la investigación, ya que la creatividad en la resolución de problemas y la ideación requieren un cierto marco de pensamiento. Esto tiene ramificaciones para las oportunidades de gestión significativa y efectiva del conocimiento.

Por lo tanto, se hace urgente una revisión exhaustiva de los enfoques pedagógicos con los que se aborda la lectura en los programas universitarios. Uno de los problemas centrales es que seguimos abordando la lectura de forma fragmentada, como una destreza técnica ajena a la producción de conocimiento. Se enseña a leer sin enseñar a pensar, y se evalúa la

comprensión sin fomentar la interpretación. Muchos educadores asumen que los estudiantes saben leer, lo cual no es así, no de la manera en que deben poder comprometerse críticamente con textos complejos. Por lo tanto, la lectura se convierte en un ejercicio vacío, recordando sus trazos, pero no reflexionando sobre su sustancia. Como resultado, el conocimiento serpentea a través del sistema, pero no logra alcanzar profundidades de comprensión profundas o transferibles.

Asimismo, debemos favorecer un cambio en el paradigma de la lectura en la universidad. Necesitamos cambiar la narrativa de un concepto utilitario y reductivo de lectura a uno que sea formativo, estratégico y emancipador. Es decir, enseñar a los estudiantes cómo identificar varios géneros académicos, desglosar esqueletos argumentativos, evaluar la calidad de lo que se cita como evidencia, ponderar perspectivas para obtener información y formular conclusiones sólidas. Para esto, es absolutamente esencial incluir explícitamente el trabajo sobre estilos de lectura—literal, inferencial, crítica y creativa—en las prácticas pedagógicas de todas las disciplinas, no solo las humanidades.

Además, es necesario desarrollar estrategias de lectura que conduzcan a la autonomía cognitiva. Organizadores gráficos, resúmenes analíticos, glosarios conceptuales, discusiones de grupo o de toda la clase sobre los textos, escritura reflexiva y preguntas orientadoras son estrategias típicas para esto. La metacognición—la capacidad de reflexionar sobre tu propia lectura—también necesita ser desarrollada. Solo un lector que interroga cómo lee, por qué lee y qué efectos tiene su lectura puede ser un gestor activo del conocimiento.

La lectura no solo se limita al plano individual, tiene una dimensión colectiva y cultural que también debe ser fortalecida. Las universidades deben promover espacios institucionales para el intercambio de lecturas, la discusión interdisciplinaria, el

La lectura no solo se limita al plano individual, tiene una dimensión colectiva y cultural que también debe ser fortalecida. Las universidades deben promover espacios institucionales para el intercambio de lecturas, la discusión interdisciplinaria, el trabajo colaborativo sobre textos y el acceso libre y democrático a las fuentes académicas.

trabajo colaborativo sobre textos y el acceso libre y democrático a las fuentes académicas. Bibliotecas dinámicas, clubes de lectura académica, seminarios de discusión textual, plataformas abiertas de acceso al conocimiento: todas estas son formas concretas de convertir la lectura en una práctica social de construcción colectiva de saberes.

Cuando la lectura se convierte en una experiencia significativa, la innovación se vuelve posible. Porque innovar no es simplemente incorporar tecnología o metodologías novedosas; innovar es pensar diferente, cuestionar lo establecido, generar rupturas creativas. Y eso solo se logra a partir de una relación profunda y crítica con el conocimiento. La lectura, en este sentido, es el detonante de una actitud innovadora, ya que permite revisar teorías, confrontar ideas, descubrir vacíos, formular hipótesis y construir propuestas transformadoras. Una universidad que promueve la lectura crítica está sembrando las bases para una cultura de innovación sostenible.

La relación entre lectura y gestión del conocimiento también tiene un componente ético. En un mundo saturado de información, donde las noticias falsas, la manipulación de datos y la superficialidad mediática proliferan, la universidad debe asumir su



rol como formadora de ciudadanos críticos, capaces de distinguir entre información y conocimiento, entre opinión y argumento, entre verdad construida y ficción interesada. La lectura crítica permite justamente ese discernimiento, esa capacidad de filtrar, evaluar y tomar decisiones informadas. En tiempos de crisis epistémica, la lectura académica se convierte en un acto de responsabilidad social.

No menos importante es el impacto de la lectura en el desarrollo de habilidades transversales clave en la formación universitaria: pensamiento crítico, comunicación efectiva, argumentación lógica, sensibilidad interdisciplinaria, disposición al diálogo y apertura al aprendizaje permanente. Todas estas habilidades están directamente relacionadas con la forma en que se lee, se interpreta y se reescribe el conocimiento. Por tanto, una política institucional que promueva la lectura como práctica estratégica de gestión del conocimiento no solo mejorará los indicadores académicos, sino que contribuirá a formar profesionales más reflexivos, éticos e innovadores.

La gestión del conocimiento en la Educación Superior trasciende los límites de los procesos técnicos o administrativos. Su auténtica fuerza nace de las prácticas culturales y cognitivas que le dan vida al aprendizaje, nutren la investigación y movilizan

la innovación. En este entramado complejo, la lectura académica no es un simple instrumento, sino el corazón pulsante de toda transformación significativa. Leer con profundidad, comprender con sentido, argumentar con fundamentos y crear con criterio son acciones que construyen no solo conocimiento, sino identidad universitaria.

Cuando la lectura deja de ser una obligación y se convierte en una forma de habitar el saber, la universidad se transforma en una comunidad de pensamiento, diálogo y creación. Allí el conocimiento ya no circula como una mercancía, sino como una experiencia compartida, dinámica y liberadora. Si realmente queremos instituciones capaces de liderar los cambios sociales y científicos del siglo XXI, debemos comenzar por formar lectores que no solo comprendan el mundo, sino que estén dispuestos a imaginarlo de nuevo con lucidez, sensibilidad y compromiso.



Dr. Humberto Sanabria Picado.

Doctor en Ciencias de la Educación con Énfasis en Administración
Vicerrector de Investigación y Extensión,
Universidad Florencio del Castillo
Directo del Instituto de Educación Dr. Clodomiro Picado Twilight